

# La Ilustración de los Niños



ANGEL NOVI.

Señores: felicito á V.V. por el nuevo año

Ayuntamiento de Madrid



## SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre,  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pe-  
sos fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

## SUMARIO

1. ¡Atencion!—II. Año nuevo.—III. El jazmin.—IV. *Historia de España*: Las hi-  
jas de Atanagildo.—V. ¡Pobre niña!—VI. El caballo de carton.—VII. La maña-  
na.—VIII. Los séres materiales.—IX. Diálogo.—X. Secciones familiares.—  
XI. ¡Era de Dios!

OFICINAS  
Fuencarral, 3. principal  
MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se  
anticipe.  
Anuncios y esquelas de defunciones de  
niños á precios convencionales.

## ¡ATENCIÓN!

Niños y niñas:

Tengo el honor de felicitaros por la entra-  
da de año, y ¡ojalá que vuestras risueñas es-  
peranzas no se vean ni momentáneamente  
anubladas por ningun género de torturas!

Pero mucho me lo temo: el año 1881 no es  
más que el heredero universal de 1880; y, ya  
lo sabeis, porque se trata del pasado, el año  
1880 no fué sino un inmenso arsenal de ca-  
lamidades morales y materiales. Se sembró  
mucho zizaña, se acariciaron pequeñas pa-  
siones, y poco fecundo podía brotar de tales  
semillas.

Las conciencias ¡oh! las conciencias deja-  
ron de obrar á impulsos del sentimiento; so-  
lamente se ejecutaba y decia lo que pudiera  
fascinar por las apariencias, y el mundo que-  
dó reducido á un mundo falaz, casi inverosí-  
mil: á un mundo carnavalesco.

Pero la costumbre hizo ley, y, aunque no  
impuesta por nadie, hay que someterse á los  
caprichos de la época; hay que seguir las cos-  
tumbres.

Creo innecesario advertiros, despues que  
sabeis que es mendaz todo lo que á vuestros  
ojos se presenta, que es altamente peligroso  
proceder y resolver los asuntos seducidos por  
la exterioridad, por el relumbron de falso oro-  
pel. Debeis, pues, ser muy prudentes; no sol-  
tar prenda valiosa, que los hombres del dia  
se agarran aunque sea á un clavo ardiendo  
cuando ven en lontananza un átomo mate-  
rial aprovechable.

En mis cuatro meses de existencia he  
aprendido muchas historias que parecen cuen-  
tos, y he escuchado muchos cuentos que re-  
visten todas las apariencias de hechos reales;  
de historias verdaderamente lamentables y  
hasta fatídicas.

Conque, amiguitos míos, vivamos con cau-  
tela, recibiendo en guardia las lisonjas con  
que nos brinda la moderna educacion; esa fi-  
nura disfrazada que arruina á los inocentes  
con frases de cortesía: vivamos prevenidos,  
que hoy se da un timo al mismo Jaime el  
Barbudo y á los *ilustrados* Niños de Ecija, y  
se escamotean los toros en plaza y las mura-  
llas del mar.

No echeis en saco roto, ó, lo que es lo mis-  
mo, al olvido, que ciertos *caballeros* conocen  
el seno de la tierra, ó, lo que es igual, el al-  
cantarillado, como la superficie; que visten  
con igual elegancia el traje de los macare-  
nos, que la levita y hasta el hábito talar, se-  
gun se lo exijan las *circunstancias*, ni os en-  
tregueis con tal entusiasmo á las distraccio-  
nes, que mientras haceis una pirueta, os *lim-  
pien* el abrigo que dejásteis en el banco de  
piedra.

Acordaos que sin dejarlos en parte alguna,

que llevándolos en sus propias orejas, se le  
*evaporaron* hace muy pocos dias los pendien-  
tes á una pobre niña, mientras su niñera se  
entretenia en escuchar los *acordes vocales* de  
un cabo de cazadores.

Y ya que os hablo de cazadores, mis que-  
ridos amiguitos, debo recordaros la impre-  
vision de algunos que dejan las armas carga-  
das al alcance de vuestras inexperiencias,  
para ocasionaros acaso la muerte. Huir de  
ellas como del uso del tabaco de algunas  
*sacas*, y como de acercarse á los aguadores  
con los piés encallecidos.

Debo recordaros tambien lo que la critica  
censuró, en el pasado año, las extravagancias  
de la moda; de esas figuras que hoy pasan por  
elegantes, y son un retrato fiel de cómo se  
pintaba el diablo en las aleluyas hace veinte  
años; al papel que han hecho los sietemesi-  
nos con su mechoncito sobre los ojos: los  
desengaños que han experimentado los que,  
pretendiendo pasar por hombres de arraigo,  
se han quedado en fin de Diciembre como el  
gallo de Moron; las lágrimas que han vertido  
todos los majaderos que se salieron de su es-  
fera por el ligero placer de *darse aires* de  
hombres opulentos ó distinguidos; los sinsa-  
bores que se han sembrado en las familias  
por las pueriles vanidades que germinan en  
las cabezas vacías; las vigiliias forzosas á que  
se condenaron los que olvidaron sus deberes;  
los reumas que se adquirieron por hacerse el  
*jaque*; los pleitos que se entablaron por seguir  
inmotivados tesones; los papirotazos que os  
*encontrásteis* por ser testarudos, y todos los  
contratiempos que experimentásteis por no  
caminar *derechos*, con perdon sea dicho de los  
jibosos.

El año nuevo, el heredero de ese año 1880  
de calamitoso recuerdo, no lo pongais en  
duda, asesta sus tiros á la necedad, á la va-  
gancia y á cuanto se aparte del orden natu-  
ral y lógico.

¡Oh! ¡Si viérais lo que á través de mis len-  
tes descubro para dentro de poco!... ¡Si vie-  
rais con la claridad que yo lo veo, cómo se  
han de trocar los papeles y cuántos han de  
llorar en el año 1881 las disipaciones del 80!...

¡Si supiérais cómo han de descender de su  
carácter altivo esos empleados soberbios que  
desprecian á los españoles que demandan el  
despacho de sus expedientes; esos mercade-  
res sin piedad que se burlan de la ignorancia  
del marchante; esos usureros que sacrifican á  
los pobres!...

Pero hagamos punto final á los augurios y  
permanezcamos en guardia.

En el año 1881 ganará su sustento el que  
sea laborioso y honrado.

Se quedarán cesantes, y ayunarán forzosa-  
mente, los que no cumplan su obligacion.

Se podrán encontrar una buena lluvia de  
pescozones los imprudentes, los atrevidos y  
los holgazanes.

Ganarán en crédito y fortuna los que se  
aparten de las trapisondas.

Se cubrirán de ignorancia y de miseria los  
embusteros que quieran vivir sobre el país.

Y no encontrarán un ochavo moruno, ni  
para un remedio, los que no lo ganen con el  
sudor de su rostro.

La perspectiva, ya lo veis, es tremebunda:  
hay que aficionarse al trabajo y ser hombres  
de bien. Con estas cualidades, contar siem-  
pre conmigo, que me propongo seguir las  
huellas de mi papá: que me propongo con mi  
consejo y con mis esfuerzos hacer prevalecer  
las doctrinas que se vierten en la ILUSTRACION  
DE LOS NIÑOS.

A vivir, pues, y á vivir *con mucho ojo*; y  
con esto os deja explicado por qué se pre-  
senta con lentes, vuestro amigo

ANGELITO NOVI

## AÑO NUEVO

Un nuevo grano de arena acaba  
de desaparecer en el reló de los  
tiempos.

Esa máquina portentosa que se  
llama sistema planetario, ha termina-  
do á las doce de la noche de mil ocho-  
cientos ochenta una de tantas etapas  
giratorias que está recorriendo sin  
descanso desde el principio de la  
existencia de los mundos.

La sociedad ha salido de una sé-  
rie de horas que, reunidas, forman  
cincuenta y dos semanas, para vol-  
ver á empezar el círculo infinito de  
la vida.

Y digo infinito, porque la vida no  
perece, es la inmensidad, es la gran-  
deza, es Dios.

A la manera que el rendido viaje-  
ro ambiciona concluir su jornada pa-  
ra descansar en el hogar de la fami-  
lia, la humanidad, llagada, dolorida,  
desea terminar cuanto antes un año  
por ver si en el venidero halla el  
bienestar soñado, ese fantasma de  
felicidad que no tiene más cuerpo que  
los delirios de la mente.

Todos, todos aspiramos á mejorar  
de posicion, y esto está, para nos-  
otros, en el mañana.

Mañana que no existe, porque el  
mañana que forja nuestra exaltada  
imaginacion, es sinónimo de instan-  
te venturoso, planta exótica en este



desdichado valle de lágrimas y tribulaciones.

Esa ley providencial del trabajo á que está sometida ineludiblemente la raza humana, es la carga pesada que tenemos que sobrellevar en la tierra para hacernos dignos de nuestro destino.

Pues bien, esa ley fuerte, inevitable, es la que más inconscientemente tratamos de salvar todos los días.

¡Cuántas y cuántas veces abandonamos para mañana lo que hoy debíamos hacer sin dilacion ninguna!

Pero todo lo dejamos para luego, y pasan los días, los meses y los años, y las obras emprendidas no se terminan, ni se cambia por nada ni por nadie el método de vida.

Para *año nuevo* se relegan muchos proyectos, pero *año nuevo* llega y continuamos lo mismo que antes.

Entra el año, y continuando su curso interminable, termina su vertiginosa carrera sin que hayamos apenas podido darnos cuenta de la manera como desapareció.

Y de esta suerte pasan días y días y llega la hora de las lágrimas, la hora de la desesperación, la hora de la muerte.

Y es porque, fundados en el adagio de *año nuevo, vida nueva*, creemos tener tanta fuerza de voluntad, que al llegar el primer día de Enero podremos desarraigar costumbres inveteradas, hábitos empedernidos, pasiones avasalladoras que se enseñorean del cuerpo y del espíritu.

No: lo que ha echado raíces en el alma tarde se arranca de ella; el remedio no estriba en aguardar al año nuevo para variar de modo de ser, sino en no dejar que se apoderen de nosotros los vicios que más tarde han de quitarnos el reposo.

Es necesario no olvidar que aunque el año nuevo viene, no es él el que camina hacia nosotros, sino nosotros hacia él.

Nuestra existencia es la que cada instante que transcurre se va acortando.

El sepulcro es el que con pasos gigantescos se adelanta abierto para recibirnos en su seno.

El tiempo no varía, es siempre el mismo, inimitable en su esencia como su soberano Autor.

Esa accidental y nada más que accidental transición de una estación á otra, más que variación, es un paso firme hacia su inestabilidad.

El tiempo no flota en el vacío como los astros errantes.

El hombre, ténue arista, abandonado en la inmensidad del espacio, es el que se mueve sin cesar en el centro de este globo que está bajo sus pies.

El año nuevo no es, pues, otra cosa que un aviso que nos da la Naturaleza para recordarnos nuestra caducidad en la tierra.

No esperemos por tanto nunca á que venga el nuevo año para entrar por el camino del bien.

Muchos propósitos se hacen: ninguno se cumple.

Y de este mal estamos todos contagiados.

Hay individuos que por dedicarse á los placeres pierden lastimosamente el tiempo y aguardan á que venga un nuevo año para variar de conducta.

Hay sociedades que olvidando fuertemente sus más sagrados intereses dejan que se minen sus cimientos con ideas utópicas y descabelladas, porque en llegando el año próximo se adoptarán medidas para evitar el incendio de la desmoralización.

Existen poderes públicos que siguiendo la corriente general, precisamente en aquello que más debían execrarlas, dilatan el cumplimiento de los más trascendentales deberes hasta que venga un nuevo año.

Y de esta suerte pasan docenas de meses sin que al mal se le ponga remedio.

Esto es irracional y la culta ilustración del siglo XIX no puede consentir que errores tan crasos continúen por más tiempo.

La venida de un nuevo año no implica absolutamente nada en el modo de ser de los individuos.

El nuevo año no trae otras ideas, ni otros específicos que las obras de provecho que durante él llevamos á cabo.

El germen de la felicidad está en nosotros; no hay que ir á buscarlo donde seguramente no se encuentra.

Apresúrese, pues, la juventud á emprender el sendero de la virtud, que es donde se forman los ciudadanos de Dios y de la patria.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS coadyuva por su parte para ello con todas sus fuerzas.

Los hechos hablan siempre más que las palabras, y con solo hojear la Revista, os convencereis, queridos lectores, de la verdad de lo antedicho.

Por lo demás, después de haberos dirigido estas reflexiones filosóficomorales, que en sí nada valen, pero que están inspiradas en el más puro amor á la civilización y al progreso de la actual generación, me felicito de haber llegado con vuestra cooperación al cuarto año de la existencia de esta Revista, vuestra mejor amiga, y os doy al mismo tiempo mis plácemes porque al iniciarse una nueva era, pueda ser tal vez la de la felicidad en cuanto sea posible en la tierra.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

## EL JAZMIN

POESÍA

Debajo una enredadera  
de umbroso verde ramaje,  
que en suavísimo oleaje  
mecía el aura sutil,  
sentada gocé escuchando  
de las aves el arrullo  
y de la fuente el murmullo  
bañando el prado gentil.

Y aspiraba los perfumes  
de las delicadas flores,  
y admiraba sus primores  
y su matiz seductor,  
cuando el sol que les da vida,  
de esplendente luz las baña;  
mas ¡ay! después las empaña  
con sus besos de calor.

En observar me extasiaba  
si hay alguna flor dichosa,  
siendo linda y olorosa,  
moradora del jardín,  
que no aje ni descolore  
con sus besos Febo ardiente,  
y mis ojos, de repente,  
fijáronse en el jazmin.

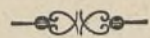
Cubierto de níveas flores,  
y con tanta lozanía,  
que hasta el alma trascendía  
su perfume embriagador;  
sin marchitarse su cáliz,  
conservaba su frescura,  
aumentando el sol su albura  
con tibios besos de amor.

La hallé por fin, y contenta,  
sentí, en menos de un segundo,  
nacer deseo profundo  
de poderla poseer.  
mas al coger de una rama  
la flor delicada y breve,  
con la sacudida leve  
la ví al suelo fenecer.



Con la humana condicion  
tiene el jazmin semejanza:  
cada uno es una pasion,  
cada hoja una esperanza,  
cada flor una ilusion.

MARÍA MARTÍ DE DOMINGUEZ



## HISTORIA DE ESPAÑA

LAS HIJAS DE ATANAGILDO

POR

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

Un nuevo yugo iba á pesar sobre la España. Roma degenerada habia cedido bajo la poderosa mano de Alarico, rey de los godos, y poco despues sus sucesores, hallando estrecho su imperio de Tolosa, franquearon los Pirineos y subyugaron en la Celtiberia á los *alanos* y á los *suevos*, destruyeron los últimos vestigios de la dominacion romana, y quedaron únicos dueños de esta desgraciada España, hasta que Justiniano, arrojándose á su vez sobre la rica presa, alzó en Sevilla su capital con la Bética entera.

Atanagildo, su rey, llevó entonces á Toledo la silla de su imperio, despues de haber cedido á Justiniano todo el territorio de la costa de España, comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia, en recompensa de su alianza y de la poderosa ayuda que le prestó contra Agicles, hasta derrotarle, conquistando para sí la corona de los godos.

Era esto por el año 554.

Está situada Toledo en la cima de un grupo de rocas inaccesibles, á cuyo pié se desliza soberbio el rio Tajo, sirviéndole las rocas de húmeda cintura.

Ciudad rica en magníficos monumentos, de que la habian dotado los emperadores, Trajano, sobre todo, que conservó siempre un culto religioso por la España, su patria. Toledo hizo bien pronto olvidar á los godos su risueña Sevilla.

Desde luego su rudeza del Norte se habia suavizado bajo el cielo de la Iberia y al contacto de la civilizacion, por lo que admiraron, en lugar de desdeñar, las magnificencias romanas, ensayándose ellos mismos en las ciencias y en las artes.

Deseoso de dotar, como lo habian hecho los emperadores, á la rica Toledo de un recuerdo digno de él, Atanagildo hizo construir sobre el más aislado de los montes que la sostienen, un inmenso palacio, en el cual se descubria ya la aurora de esa magnífica arquitectura gótica que ha llenado de maravillas todo el orbe cristiano.

Los condes godos, vestidos con los cargos civiles y militares, agruparon sus habitaciones cerca de la de Atanagildo, y bien pronto, por encima de la verde y risueña vega que se extiende al pié de Toledo, se elevaba una corona de palacios.

Empero más ocupado todavía en consolidar su poder, que en embellecer su nueva capital, sacrificando á su interés las antiguas enemistades de la nacion gótica, contra la nacion francesa, resolvió conceder á Sigi-

berto, rey de Austrasia, su hija Brunequilda.

Ella aceptó alegremente los proyectos de su padre, seducida por la perspectiva de una dicha desconocida y de escenas nuevas; creyó hallar en su enlace con Sigiberto la realizacion de todos sus sueños. Su belleza la aseguraba desde luego el homenaje de todos aquellos francos, que estaba deseosa de conocer. Su inteligencia la hacia obtener sobre ellos un imperio que sabia conservar siempre.

Naturaleza altiva y ardiente, era apasionada por los progresos de la civilizacion romana, y traspasando los límites que los godos fijaron para la educacion de sus mujeres, ella ofrecia el espectáculo, extraño en esta época, de una jóven cuya belleza igualaba á su mérito.

Envanecida por las brillantes fiestas con que celebró Toledo su próximo casamiento, vió llegar sin angustia la víspera de su partida; pero en este dia ya, tocada por la triste verdad de una larga separacion, no tuvo valor de retener sus lágrimas, sino para enjugar las de su madre y de su hermana.

Despues de la fatiga de numerosas ceremonias, retirada en su habitacion, se habia asomado á una alta ventana, desde la cual se descubria la doble cadena de montañas que el Tajo separa para dar paso á sus aguas. (De aquí toma su nombre el rio Tajo, quiere decir: certadura).

Era de noche: una débil claridad iluminaba vagamente la campiña, y los montes que rodean la ciudad, presentando sus ásperos contornos, solo dejaban descubrir formas indecisas, llenas de grandeza y de solemnidad.

Brunequilda contemplaba este cuadro absorbida en sus pensamientos. Sus largos cabellos negros flotaban sobre la túnica de blanquísimo y vaporoso lino, que terminaba con un ancho bordado de púrpura, que se reproducia en una doble cintura, subiendo por los lados hasta el pecho.

A su lado se veia una jóven cuyo perfil se dibujaba ligeramente en la sombra, y que al parecer lloraba, aunque pretendia comprimir sus sollozos.

—Hermana, no llores más, la dijo Brunequilda; nosotras nos veremos algun dia. Cuando los corazones se buscan no son los caminos tan difíciles de recorrer. Ya ves si para conquistar la Bética los soldados de Justiniano no han llegado de un país más lejano que la Gália lo está de España.

En cuanto á mí, ya lo sabes, yo tenia necesidad de ver regiones desconocidas. He soñado con un mundo tan bello, que yame hallaba estrecha en nuestra montuosa Toledo.

Y pues que el rey Sigiberto es jóven, y guapo, y galante, no podrá ménos de amarme, y yo seré reina de los francos. En esos pueblos, hermana mia, se profesa un culto religioso á la mujer, creyéndola todavía de origen celeste, y en igual de relegarla, como aquí y en Roma, al fondo de sus palacios, se la deja, como hicieron los germanos y los celtas, ejercer su imperio. Es muy bello inspirar esa respetuosa admiracion, y más todavía reinar en el corazon de un hombre gran-

de por medio del amor, y en un pueblo por el renombre y el poder.

Estos sueños brillantes se realizaron todos para Brunequilda. A su llegada á las Galias, su jóven esposo la recibió con júbilo. Magníficas fiestas se celebraron en toda la Austrasia para celebrar su matrimonio. La grandeza y el pueblo igualmente entusiasmados por su belleza y su gracia, y por la benevolencia con que trataba á todos, la aplaudieron con grandes gritos de júbilo, celebrando la union con ella de su jóven rey.

El brillo de esta alianza, más todavía que la imagen de la dicha de Sigiberto, llevaron la turbacion al alma de Chilperico, su hermano. Sumergido en los desórdenes de una vida licenciosa, habia concedido su confianza y su corazon á una jóven llamada Fredegunda, cuya audacia y sagacidad corrian parejas con su ambicion y su orgullo.

Confiado en su imperio sobre Chilperico, se creyó ya próxima á subir las gradas del trono para tomar asiento en él, cuando de repente se vió amenazada de caer en la más ínfima y oscura posicion.

Envidioso del matrimonio de su hermano y deseando presentar como él á sus pueblos una mujer ilustre por su nombre y por su mérito, Chilperico habia enviado numerosos embajadores á Atanagildo para pedirle la mano de su hija mayor.

El brillante destino de Brunequilda no despertó el más leve deseo en el corazon de su hermana. Apasionada Galsuinda por las afecciones tranquilas del hogar y de la familia, no comprendia la dicha sino cerca de su madre. Sus miradas no habian buscado jamás otro horizonte que el de Toledo. Extraña tambien á su época por su alma sensible y tierna, como Brunequilda lo era por la cultura de su inteligencia, creyó que aliviar la miseria y consolar los sufrimientos ajenos, era toda su mision.

No poseia, como Brunequilda, el encanto fascinador que seduce y arrebat, sino la dulzura que conmueve y penetra el corazon. La suave pureza de su alma se reflejaba en su fisonomía cándida y apacible, y se leia en su mirada llena siempre de una expresion benévola.

Espantada al oir el nombre de Chilperico, de quien conocia la vida desordenada, y alarmándose sobre todo ante la idea de dejar á su familia, buscó en la ternura de su madre un refugio contra el peligro que la amenazaba.

—Madre, la decia á Goisvinda, ¿qué me importa ser reina? ¡La corona que me ofrece ese franco me será demasiado pesada no estando tú á mi lado, para ayudarme á sostenerla! ¡La desgracia me espera entre los gallos! ¡Guárdame cerca de tí...!

Goisvinda lloró con su hija; pero la ambicion habló más alto que el dolor, en el corazon de Atanagildo. El matrimonio de su hija le aseguraba más ventajas todavía que el de Sigiberto, y se decidió.

En cuanto conocieron la decision de Atanagildo los diputados de Chilperico, encargados de llevarle á su jóven esposa, quisieron



saludar á Galsuinda como á su reina, y la rogaron fijase el día de su marcha; si bien no osaron insistir en este punto hasta dos días más tarde, respetando el dolor de las dos mujeres, que se manifestaba claramente.

El sentimiento del deber triunfó de los negros presentimientos y del amargo pesar de Galsuinda, y llamando la religion en su auxilio pareció resignarse al sacrificio que debía cimentar la alianza de su padre con los que habian sido siempre sus enemigos. Empero la ternura maternal no supo plegarse ni á la resignacion del sacrificio, ni á las exigencias de la política; Goisvinda solo comprendia la desgracia de su hija, y obtuvo, á fuerza de ruegos y de lágrimas, un nuevo plazo para su partida. Cuando terminó, quiso prolongarle todavía; pero esta vez halló á los francos inflexibles.

El día en que su hija, abandonando el techo paterno, se puso al fin en camino para su nueva patria, toda la poblacion la manifestó su dolor con las más vivas demostraciones de afecto.

—¡Adios, Galsuinda...! exclamaba el pueblo, conmovido, agitando ramas de plátano y arrojándolas bajo los pies de su mula. ¡Que Dios te conduzca con bien á la tierra de los francos...!

—¿A quién acudiremos ahora? decíanles mujeres llorando, ¡si estos bárbaros nos llevan la amiga de todos los desgraciados...!

Y la joven princesa contestaba con dulces miradas á esta multitud de amigas, tendiéndoles las manos en señal de último adios.

Llegados á una vuelta del camino en que se perdía de vista á Toledo, Galsuinda se volvió para arrojar una última mirada sobre su villa adoptiva; pero cuando la vió lentamente desaparecer, sus ojos se llenaron de lágrimas, que ya no pensó en ocultar.

Un nuevo dolor la esperaba en la primera parada de este triste viaje. Antes de franquear el puente que atraviesa el Tajo, á alguna distancia de Toledo, Atanagildo, que la habia acompañado hasta allí, seguido de todos los grandes dignatarios de su palacio, se detuvo delante del carruaje que debía conducirla, y apretándola contra su corazón, la dijo:

—¡Adios, hija mia, prueba á los francos y á los godos que sabes ser princesa...! Y haciendo volver delante de él las enseñas góticas, sobre las cuales se veía un oso, tomó el camino de su palacio.

Goisvinda quiso por largo tiempo, todavía, acompañar á su hija. Cada noche, cuando llegaba el tiempo fijado para separarse, decía: «Te dejaré mañana,» y al desaparecer el nuevo plazo, exclamaba: «esta noche, hija mia, nos separaremos.»

Después de tres días, ya habia recorrido las anchas y largas carreteras romanas, construidas en las provincias del Norte, y que cubiertas de una mezcla de gruesa arena y de cal, les han valido el sobrenombre de vías argentadas.

En estas vastas llanuras brillaban al sol, como tapices de oro, las doradas mieses, y las montañas cerraban á lo lejos el horizonte,

estrechándose como para unirse, no dejando ante ellas más que un espacio estrecho, accidentado y caprichoso.

El séquito de la princesa habia abandonado el camino llano y la marcha se hacia penosa. Para evitar la fatiga á su reina, los señores godos la representaron esta vez la necesidad de volver á Toledo, porque se iban alejando demasiado. Esto la decidió, y apretando á su hija contra su corazón, la cubrió largo tiempo de caricias y de lágrimas.

—¡Adios, hija mia...! la dijo entre sollozos. ¡Sé dichosa; pero yo tiemblo por tí...!

Galsuinda se alejó conteniendo sus sollozos para no afligir más á la reina. Esta, apoyándose en el ángulo de una roca, la siguió largo tiempo con la mirada, permaneciendo allí mientras pudo descubrirla á lo lejos.

Abismada en un profundo dolor, Galsuinda quedó largo tiempo insensible á las escenas magníficas que la naturaleza, sobre todo en este camino, renovaba á cada instante.

Al fin, vuelta en sí, por las aclamaciones incesantes de los pueblos que corrían á verla pasar, supo hallar para todos una sonrisa benévola y graciosas palabras, haciendo que continuasen á su vista las danzas y los cantos que habia interrumpido su llegada.

Otras veces, siguiendo sus costumbres los vascongados, y noticiosos de la llegada de los extranjeros, sacaban sus enfermos al camino para escitar la compasion de la princesa, que los socorria largamente.

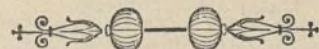
Poco después del pasaje penoso de la montaña del Norte, el cortejo llegó á Narbona, donde Galsuinda, abandonando su pesado carruaje de camino, hizo su entrada sobre otro más ligero de dos ruedas, elevado en forma de torre, engastado de plata y tirado por ocho bueyes blancos.

Todos los señores godos y francos que formaban su corte, abandonaron sus abrigos de viaje, descubriendo sus vistosos trajes y dejando ver los arneses dorados de sus monturas, que brillaban á los rayos del sol.

La multitud de Narbona aplaudió con entusiasmo esta entrada solemne, que fué renovada en *Céaccassone*, última villa importante del reino de Atanagildo, en Poitiers y en Tours.

Los nuevos paisajes que se ofrecieron á su vista en la tierra de los galos, contrastaban extrañamente con los que acababa de dejar en su España, y la idea de reunirse á su hermana, con esas mil risueñas ilusiones que siguen á la juventud, hicieron borrar los negros presentimientos de Galsuinda, y cuando llegó á *Rothomagus*, capital de la Neustria, después de los primeros abrazos á su hermana, fué presentada á Chilperico, á quien habló con voz tranquila y semblante sereno.

(Se continuará)



## ¡POBRE NIÑA!

(IMITACION ALEMANA)

—¿Por qué no quieres, niña, subir á la montaña, cubierta de mil árboles

y yerbas perfumadas?...  
Verás los arroyuelos

que murmurando pasan...

—Yo no subo, señor, yo no subo;  
del amor perdido  
no me dirán nada.

—¿Por qué no cantas, niña,  
igual que antes cantabas,  
con aquel guapo mozo  
vecino de tu casa?...  
Canta para que oiga  
tu voz vibrante y clara.

—Yo no canto, señor, yo no canto;  
mis dichas, ¡ay, triste!  
trocáronse en lágrimas.

—¿Por qué no buscas, niña,  
las flores más lozanas  
y formas ramilletes,  
como antes los formabas?...  
¿No ves la Primavera  
qué hermosa se levanta?

—Yo no amo, señor, yo no amo  
¿á qué quiero flores,  
muertas las del alma?

—¿Por qué no apresas, niña,  
entre tus manos blancas,  
las tiernas mariposas  
que tanto te agradaban?  
Mira aquella qué verde;  
parece una esmeralda.  
—No la quiero, señor, no la quiero  
es color que se borra muy pronto  
el de la esperanza.

—¿Por qué no escuchas, niña,  
las tímidas plegarias  
que allá desde sus nidos  
los pajarillos lanzan?...  
¡Qué puras son sus notas!  
¡Qué suaves sus gargantas!  
—No las oigo, señor, no las oigo,  
porque entre ellas, la voz más sublime  
há tiempo que falta.

—¿Por qué no abres ya, niña,  
cuando se anuncia el Alba  
los débiles cristales  
de tu ojival ventana?...  
¡Qué despertar tan dulce!  
¡Qué luz da el sol tan clara!  
—Yo las huyo, señor, yo las huyo;  
extinguida la luz que se adora,  
las sombras encantan.

FRANCISCO ARECHAVALA



## EL CABALLO DE CARTON

Hay muchos cuentos de los que nos refieren en nuestra niñez, que luego vemos confirmados en el mundo.

Algo de esto acontece con lo que voy á relatar en estas líneas, y no lo tomeis por cuento.

Mi madre... ¡siempre son las madres las que nos presentan estos ejemplos! me llevaba muchas veces á casa de un señor muy viejo y muy rico, simpático en alto grado para mí, por las golosinas que me daba.

Tenia una mansion régia en uno de los barrios retirados del centro de la poblacion, casa que era para mí un encanto, por los mil objetos preciosos que se presentaban á mi juvenil imaginacion.

Allí habia reunido lo más rico y más artístico de todos los países, porque aquel señor era hombre de gusto.



Recuerdo que una de las cosas que más llamaban mi atención, era un caballo toscamente modelado, uno de esos corceles de cartón que se venden á 20 reales en la Plaza Mayor.

Lo particular del caso era que siendo completamente nulo su mérito artístico, aquel caballo ocupaba un sitio de preferencia entre todas las preciosidades allí reunidas.

Y es que aquel caballo tenía una historia íntimamente enlazada con la del dueño de la casa; historia que voy á referiros, porque podeis sacar gran aprovechamiento de ella.

Héla aquí, según me la refirió mi madre; invoco su testimonio para que no dudeis de su veracidad.

Parece que aquel señor tan rico, llamémosle M..., había nacido de padres tan humildes, que su niñez se deslizó azarosa en la vía pública, una niñez melancólica y triste, de criatura semi-abandonada á extraños cuidados.

M... veía desfilar junto á él todas las tardes otros niños más venturosos, que distraían sus ocios con mil juguetes tentadores, á los cuales nunca podría aspirar.

Entre todos, los que más le cautivaban el ánimo ¡capricho infantil! eran esos caballos de cartón, como el de que acabo de hablaros, de duros lomos y fuertes cabos, donde los muchachos de todas las épocas han hecho, hacen y harán sus primeras pruebas en equitación.

M... hubiera dado algunos años de su mísera existencia por llegar á poseer uno de aquellos corceles.

—Es preciso, decía en su interior, que yo tenga un juguete de esa clase.

¿Pero, cómo?

El ambicioso niño carecía de medios para proporcionárselo.

¡Ah! no.

Desde aquel día se dedicó á todos esos pequeños servicios que los niños pueden prestar á las personas mayores dedicando sus exiguas ganancias á satisfacer su capricho, cuando hubiese reunido la cantidad necesaria.

«Poco á poco, hilaba la vieja el copo,» dice un adagio vulgar.

M... llegó á reunir 20 reales; pero su madre estaba enferma, necesitaba medicinas, y no era cosa de malgastar el dinero en un capricho.

El niño se quedó sin caballo, pero socorrió á su madre.

Sin embargo, no abandonó su pensamiento, y siguió trabajando.

Solo que á cada 20 reales que reunía, se presentaba una necesidad que cubrir, mayor que su deseo, por lo cual iba concediéndole plazos más largos cada vez.

A M... no le abandonaba nunca su idea; solamente que al llegar á los veinte años, comprendió que ya no podía fijarse en un caballo de cartón.

—¿Y por qué no he de tener un caballo real y efectivo para pasearme, ya que no he podido jugar con uno ficticio? se dijo un día.

Entonces no era cuestión de ahorrar 20 reales, sino algunos más.

M... volvió á tejer su tela de Penélope,

hasta que vió en su bolsillo 4.000 reales, con lo que á su juicio ya había bastante.

Entonces surgió otra dificultad.

Un hombre que compra un caballo para su recreo, debe tener una casa regular, más de un traje, y dinero para cubrir dignamente sus atenciones.

M... trabajó aún por espacio de diez años, dedicándose en pequeña escala á especulaciones comerciales, que le dieron muy buen resultado.

Pero siempre con su idea fija; solo que ya no se contentaba con un caballo de 4.000 reales, sino de 10.000, lo cual suponía cierto lujo, al que era preciso hacer frente por medio del trabajo y del ahorro.

Pasaron otros tantos años sin que pudiera aún realizar su capricho.

No obstante, sus negocios iban en muy buen estado. M... era un comerciante que gozaba ya de mucho crédito.

Solamente que no advirtió que había pasado ya su primera juventud, que entraba en la edad viril, y que en tal situación, el talle ha perdido su esbeltez y finura para lucirle en un paseo sobre los lomos de un corcel.

—Lo que ahora me conviene, se dijo, es un tren; por ejemplo, una carretela y un par de caballos; ya me van cansando las distancias, y puede ser tan á propósito para mi recreo como para mis negocios.

Vuelta al trabajo del bufete y de la Bolsa; vuelta á los cálculos mercantiles y á la partida doble.

Una hermosa tarde de Junio, M... salía de su casa ajustándose los guantes.

A la puerta le esperaba una lujosa carretela, tirada por dos magníficas yeguas; el cochero y el lacayo se descubrieron respetuosamente, al verle salir.

M... estaba encantado: allí apareció el sueño de toda su vida.

De pronto, se detuvo, y por primera vez dirigió hacia su pasado una mirada retrospectiva.

Hasta entonces no se le había ocurrido, ni se había detenido á pensar seriamente sobre todo lo que había hecho.

El hijo de una de las clases más humildes del pueblo, criado en medio de la calle, sin más elementos que su instinto, ni más norte que un capricho infantil, había realizado un sueño de hadas creándose una fortuna fabulosa, mereciendo la consideración y el respeto de sus conciudadanos.

—Sin embargo, decía, aún no está realizado mi verdadero deseo.

Y subió por primera vez á su carretela, mandando que le condujesen á la Plaza Mayor.

Allí, por 20 reales, compró aquel caballo célebre, que yo había admirado en su casa muchas veces, y que desde aquella tarde ocupó un lugar de preferencia.

Aquel caballo era un símbolo, como el origen de su fortuna.

No representaba para él un capricho de niño displicente, sino el modesto y virtuoso AHORRO que conduce al bienestar de las familias y muchas veces, como en el caso presente, á la opulencia.

Os aconsejo que hagais lo mismo: los juguetes que más divierten y de los que más se cuida uno, son aquellos que debe á su trabajo.

PEDRO ESCAMILLA.



## LA MAÑANA

Sobre un trono de rosas asoma la mañana;  
del cielo las alfombras le sirven de dosel;  
desata por los mares su túnica de grana;  
las aves se despiertan, y el prado se engalana  
de mirtos y laurel.

Perfumes dan al viento los verdes naranjales;  
colóranse las nubes con franjas de carmin;  
la mar teje en su orilla guirnalda de corales;  
se mecen en la arena los juncos y rosales  
y el nítido jazmin.

Las arpas dan al viento raudales de armonía;  
las áuras van cantando las hojas al besar;  
las flores se estremecen radiantes de alegría,  
y el coro de las aves saluda al nuevo día  
con plácido cantar.

Las nubes del incienso perfuman los altares;  
la noche huye ligera del sol ardiente en pós;  
empujan los torrentes sus linfas á los mares,  
y el mundo se engalana de fiestas y cantares.  
¡El hombre siente á Dios!!

S. RUEDA



## LOS SERES MATERIALES

SU DIVISION

La más ligera observación nos hace comprender que hay dos clases de seres: unos que son perceptibles por medio de alguno de nuestros sentidos, y otros que en ningún sentido pueden producir impresión. Los primeros son *seres materiales*, é *inmateriales* los segundos.

Mas hay que tener en cuenta que no todos los seres perceptibles se perciben inmediatamente sin más auxilio que el de nuestros sentidos, pues hay millones y millones de seres materiales que por diversidad de circunstancias pasan completamente desapercibidos para nosotros.

Así, como son muchísimas las estrellas, que, sin verlas á la simple vista, vemos con el auxilio del telescopio, ¿cuántas no serán las que ni aún con telescopio percibimos?

Así como son tantos los cuerpecillos que solamente con microscopio podemos observar, ¿cuán numerosos no serán los que ni aún con microscopio observamos? Y lo mismo que de la vista puede decirse de los demás sentidos: no es su sensibilidad tan exquisita que se impresionen con pequeñas cantidades de materia, aunque esté próxima, ni aún con grandes cuando se encuentran á considerables distancias.

Diseminados con aparente irregularidad, observamos multitud de cuerpos de magnitudes sumamente grandes, comparadas con las de los objetos que manejamos de ordinario; cuerpos que parece que están creados nada más que para ornato del firmamento y



regocijo del hombre; cuerpos, entre los cuales se encuentra la Tierra, como uno de tantos, y que se conocen con el poético calificativo de celestes.

Muy poco sabemos acerca de los seres que pueden existir en regiones que tampoco se prestan á la observacion; pero en nuestro planeta observamos la existencia de seres sin vida que se llaman *minerales*, y de seres vivos que son los *vegetales* y los *animales*.

No ha podido comprobarse, hasta ahora, la existencia de seres vivos en ningun cuerpo celeste distinto del nuestro; pero la existencia de minerales análogos á los que constituyen la Tierra, está perfectamente demostrada. Se encuentran los astros á distancias tan grandes de nosotros, que no es fácil empresa la investigacion de cuanto concerniente á ellos nos pueda interesar. ¡Si tan célebre se ha hecho el día en que Colon descubrió el Nuevo-Mundo, ¡cuán célebre no sería el día feliz en que un nuevo navegante de otro género pusiera la Tierra en comunicacion, al ménos, con la Luna!

Los minerales y los seres vivos no son tan distintos unos de otros que carezcan de toda semejanza; hay entre ellos ciertas analogías que los unen, y ciertas diferencias que los separan; tienen muchas propiedades comunes, muchos puntos de contacto, aunque tienen tambien propiedades distintas que establecen entre ellos profundas diferencias.

M. SANCHEZ BRUIL

## DIALOGO

—Pobre niño, ¿por qué lloras?  
—Hambre tengo y tengo frio.  
—¿Por qué á solas vas errante por este triste camino?  
—Eres ave que cayó desde el elevado nido donde una madre afanosa gozaba con tu cariño?  
—¿Ha muerto tu madre?

—No.

Nunca su semblante he visto y doy abrigo al dolor de no haberla conocido.  
¡Nada iguala á mi pesar!  
—Eres feliz, pobre niño, que la desdicha mayor que nos presenta el destino es vivir con nuestra madre, y despues de haberla visto, contemplar su amarga muerte y quedarnos sin su auxilio en este grande desierto, donde se encuentra el abismo que al fin ha de sepultarnos en su fondo maldecido.

(Traduccion.)

N. DIAZ DE ESCOVAR

## LECCIONES FAMILIARES,

POR

D. TEODORO GUERRERO

II

### LA HERMOSURA

A EMMA

Te encuentro delante del espejo y adivino en tí dos emociones: la de la propia satisfaccion, que engendra vanidad, y la de la sorpresa, que engendra el rubor.

Lo siento por tí, hija mia, y te pido que me escuches; la voz de un padre no lleva consigo el halagador encanto de la lisonja, ni la intencion destructora del desengaño; de mis labios sale la verdad: la verdad que marca los quilates de la estimacion para que seas mañana querida y admirada, bendiciendo la memoria de tus padres, á cuyos consejos deberás el mayor de todos los beneficios: aprender á conocerse.

La primera emocion me revela que el espejo te cautivaba, viendo en él, con los ojos del amor propio, ojos embusteros, los rasgos de la hermosura, que cuando no existe, la forja la imaginacion: hé ahí la vanidad.

La segunda emocion me revela que sentiste verte sorprendida por mí, porque adivinaste que habia de desagradarme la satisfaccion de que estabas poseida: hé ahí el rubor.

No puedes apreciar todavia ni el peligro de la vanidad, ni el mérito del rubor; pero el instinto se anticipa en la criatura al conocimiento de las impresiones, y si bien la primera me disgusta, la segunda me cautiva.

El rubor es el correctivo de la vanidad, y la naturaleza, gran maestra de los instintos, se adelanta á mis deseos.

Ahí tienes el espejo; mírate en él.—¿Por qué apartas la cabeza y te niegas á obedecerme?—¿Acaso una voz secreta te dice que mi orden no exige el cumplimiento, porque trato de darte una leccion dulce pero severa?—Sí, hija del alma; allí donde veo un peligro acudo á evitarlo, que este es el primer deber de los padres previsores. El espejo engaña, porque no copia lo que le presentan, sino lo que la presuncion quiere ver. En mis ojos encontrarás el espejo de tu alma, y este espejo nunca te engañará; eres linda, y debes dar gracias á la naturaleza por haberte dispensado ese don; pero ni el atractivo de tu rostro, ni la perfeccion de tus formas constituyen la hermosura que me envanece y que ha de envanecerte. La hermosura del alma es la que en la tierra recoge la admiracion, y la que abre las puertas del cielo.

La vanidad es la satisfaccion de sí mismo, y esa idea roba el mérito á la mujer; la hermosura ha de lucirse sin ostentacion, dejando que la aprecien por sus cualidades: es hermana de la modestia, y debe, como la violeta, esconderse entre las hojas para que la busquen, atrayendo con su rica esencia; la flor más oculta es más codiciada, porque guarda en su corola el tesoro del candor, que exige el recogimiento. El candor es como la sensitiva, que se cierra apenas ponen en ella una mano profana; la ignorancia es su riqueza.

Arregla tus acciones á la práctica de las virtudes para que te respeten; ejerce la caridad para que te adoren; estudia para que te admiren; cumple con los preceptos de la religion para que Dios no te abandone; hazte amar por tus propios merecimientos, sin acordarte de tu figura; y luego asómate al mundo, ostentando en el rostro la sonrisa de la satisfaccion que produce la tranquilidad de la conciencia. El mundo es el espejo en donde han de mirarse los mortales; allí encontrarás el resplandor de tu alma, y los hombres se disputarán una mirada de tus ojos, doblando la rodilla ante la única hermosura que permite vasallos y que disculpa la idolatría.

El alma, como el cuerpo, debe llevarse siempre muy limpia, pues la mujer más perfecta, con la conciencia sucia, es fealdad repugnante; ¿no arrancas de tu ramillete la flor de ricos matices que desagrade por su olor pestífero? Pues esa flor, hija mia, bella en la apariencia, no solo no es apreciada, sino que es peligrosa, porque infesta á sus compañeras.

Y hay otra razon que has de tener muy presente para grabar en tu memoria mis sanas reflexiones: la mujer que fia su porvenir á la hermosura de su rostro, descuidando los verdaderos encantos, olvida que la belleza física es don pasajero, el tiempo la destruye, y queda en la vejez un vacío que no se puede llenar, causando la desgracia del compañero que cautivó con tan frágil dote, y causando su propia desgracia, que regará con lágrimas eternas por no reconquistar el imperio perdido; y tambien olvida que la hermosura es don prestado, pues la Providencia lo recoge cuando á bien lo tiene, destruyéndolo sin pie-

dad con una viruela aguda ó con un golpe inesperado; pero la hermosura del alma nunca se acaba; sobrevive á los años y á los rigores de la suerte, y mientras más combatida se vé, más se enaltece, arrosta las grandes penalidades con el auxilio de la resignacion, y se levanta despues para mostrar sobre su pecho, con noble orgullo, la palma del martirio.

La mujer hermosa solo triunfa de los ojos, porque no recoge más que el incienso del instante, vive de la primera impresion, pasajera como todas las impresiones no preparadas; pero la mujer buena, que luce la hermosura del alma, triunfa de los corazones, porque llega á imponerse; labra su impresion y se perpetúa.

No apetezcas el reinado de un día; detrás de ese efímero placer, de esa corta satisfaccion, llegan el desencanto y los dolores; no consentas á tu alrededor una cohorte de adoradores que te halaguen la vanidad; procura rodearte de personas que te respeten y te admiren, y entre ellas hallarás el porvenir; el incienso que desvanece los sentidos, lastima los ojos y ciega; el murmullo de la admiracion ensancha el alma y marca en los labios la sonrisa de la más grande y más legítima de todas las satisfacciones.

En una palabra, hija mia, sé buena y serás hermosa; cierra los oídos á la lisonja que mata, y los ojos al espejo que miente; no te perseguirán fátuos lisonjeros, pero llevarás siempre delante de tí, como el eco de música deleitable, el rumor que levantan los pasos de la virtud que te acompaña. La virtud es la belleza del corazón, como la bondad es la belleza del alma.

No desfigures con movimientos estudiados ni con afeites asquerosos las perfecciones de tu rostro, pues la hermosura contrahecha es una falsificacion de la naturaleza, que solo engaña á la que pretende engañar. El arte no encubre los defectos naturales, y el artificio, hijo espúreo de aquel, revela á primera vista sus torpes deseos. Los afeites manchan la piel y no tapan las faltas; ese engaño anuncia más claramente la mentira. La verdad debe ser siempre la verdad, lo mismo para el alma que para el cuerpo.

No afectes las maneras para fijar en tí la atencion, que nada cautiva tanto en la mujer como la sencillez personal, que responde de su franqueza.

Cuando te llamen hermosa, no te sonrías ni bajas los ojos; esos dos movimientos delatan aceptacion de la galantería, que compromete tu dignidad. La sonrisa determina la gratitud; la accion de bajar los ojos autoriza á una segunda lisonja, que se espera con aparente rubor. No te envanezcas, y tu hermosura será admirada deléjos; este es el mejor de los triunfos.

El oro no tiene valor por ser oro, sino por el precio que se ha convenido en darle; pero no olvides que se falsifica con habilidad extremada; á la vanidosa nadie la estima y todos la rechazan; como la moneda falsa, solo la acepta el que no sabe el engaño.

No busques galas ni joyas para tu prendido, queriendo atraer con su riqueza las miradas; la mujer hermosa debe lucir como galas sus propias perfecciones: una flor es el mejor adorno de la niña modesta y candorosa, que las flores son delicadas como ella. Las alhajas de valor despiertan la codicia, y los ojos avaros se apartan del rostro de la mujer para contemplar las piedras preciosas. ¡Y todavia las mujeres se valen de ese medio de atraccion, que lastima su amor propio más que todos los desdenes del mundo! La educacion tiene la culpa de esa ceguedad.

La mujer que se empeña en deslumbrar con su belleza, declara que no hay en ella otra cualidad con que pueda cautivar, y su equivocado concepto la perjudica, porque la hermosura es lo que ménos vale. Graba, hija mia, en tu memoria este pensamiento: la belleza física hiere profundamente los sentidos, es verdad, pero el efecto en los sentidos es siempre de poca duracion, porque se acostumbran á las impresiones; así la mujer hermosa, si no posee más que la atraccion de su figura, pierde con la costumbre de verla el prestigio del triunfo.

La hermosura del alma cautiva siempre; para ella son los aplausos, para ella son las glorias duraderas de la vida, para ella son las bendiciones de la sociedad.



¿No cambiarías tu linda cara por esos rasgos de la verdadera hermosura?

Rompe, hija mía, ese espejo en que hace poco te contemplabas, mirándote con la satisfacción de la vanidad, y que hizo nacer en tí el primer síntoma del rubor.

Ven á mirarte en los ojos de tu padre, que nunca engañan, y mañana te asomará con orgullo al mundo, espejo de los hombres. ¡Qué noble satisfacción la tuya en haber oído mis consejos! ¡Qué satisfacción

tan grande la mía en haber iluminado tu alma para admirarte con la hermosura que envanece sobre todas las hermosuras!

(Se continuará)



Sin precedente, y por consagrarse el pensamiento á un ángel, publicamos á continuación los sentidos versos de autor anónimo.

Excesiva nos parece la modestia del vate, tratándose, sencillamente, de un ángel. Pero escuchemos la inspirada lira.

¡ERA DE DIOS!

A LA BELLA Y POÉTICA NIÑA.

CONCHITA NOVI Y CASTELLOTE

Un día, ¡recuerdo amargo!  
un ángel bajó del cielo,  
envuelto con ténue velo



D. JOSÉ NOVI Y PEREDA

DIRECTOR DE LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS

y lleno de resplandores.  
Sus alas eran doradas,  
también de oro sus cabellos,  
y entrelazados en ellos  
una corona de flores.  
Sus ojos de azul celeste  
rayos de luz reflejaban,  
y cuando fijos miraban  
partían el corazón.  
La nieve tenía envidia  
de su rostro peregrino,  
y era este ángel divino  
más bello que la ilusión.  
Ligera túnica blanca  
cubría sus formas bellas,  
y una guirnalda de estrellas

su esbelto talle ceñía.  
Su boca, nido de besos,  
y envidia de los pintores,  
siempre, rebotando amores,  
con dulzura, sonreía.  
Era una niña (otro ángel)  
más hermosa que la aurora;  
dormía. Su madre llora  
al tocarla, fría, inerte.  
Mortal palidez cubría  
tan peregrina hermosura;  
dormía la criatura  
¡pero el sueño de la muerte!  
El ángel bello, invisible,  
veloz como el pensamiento,  
penetró en el aposento

donde Conchita yacía.  
—Vente, niña, que te esperan  
los ángeles tus hermanos;  
ven, Concha, dame tus manos,  
¡ven, que te llama María!—  
Dijo:—La niña se fué  
con el hermoso querube,  
y envueltos con ténue nube  
cantando, se van los dos.  
No desesperéis ¡oh padres!  
por la muerte de Conchita,  
voló su sombra bendita....  
¡no era vuestra.....! ¡Era de Dios!

LA POESÍA

R. Velasco, impresor. Rubio, 20